

AYER Y HOY

Como al cuerpo la sombra sigue siempre
Detras de ella iba yo,
Y hasta en sueños mis ojos la veían
¡Milagros del amor!

Ho'y marchó por caminos donde nunca
Se la suele á ella ver,
Y si acaso la encuentro rápido huyo
Igual que de la cruz huyo Luzbel.

EMILIO BERNABEU.

CUENTOS ESCOGIDOS

EL ANCIANO

Causó extraordinaria sensación en la
fábricas la noticia de que varios obreros
habían visto la víspera al «anciano»
conversando en la calle con una mujer,
á la cual había dado dinero y que se
alejó después de haberla estrechado en
sus brazos.

—¡Ah, si el «anciano» se permitía
tales lujos, todo se explicaba perfecta-
mente! Pero, ¿quién hubiera podido
creerlo?

Al individuo en cuestión llamábanle
el «anciano», no porque fuese hombre
de edad muy avanzada, sino porque
andaba encorvado, á causa del esfuerzo
constante de bestia de carga que rea-
lizaba, y de tal modo se veían en su
rostro las huellas del sufrimiento, que
parecía haber vivido de existencias en
una sola.

Por lo demás, era muy estimado de
todos los obreros de la inmensa juris-
dicción de R., y si algunos le envidi-
aban no tenía ningún enemigo.

El dueño del establecimiento y los
ingenieros le tenían con justicia por un
modelo de buenos trabajadores.

Tenía la musculatura de un Hércules
y manejaba el pesado martillo central
como si hubiese tenido una pluma en
la mano. Con sus puños habría podido
matar á un hombre, con la misma faci-
lidad con que se aplasta una mosca, y
causaba verdadera admiración al ver
con cuánta seguridad detenía en su car-
rera la maza monumental que caía de
algunos metros de altura.

El «anciano» era hombre taciturno y
solitario. No frecuentaba las reuniones
tumultuosas, ni las tabernas, ni los sitios
públicos, y cuando sus compañeros le
causaban por esto, solía contestarles:
«Diveráis vosotros, hijos míos. El
«anciano», en sus ratos de ocio, prefiere
á todo la soledad.

En vista de esta actitud, algunos le
tachaban de orgulloso, otros decían que
á fuerza de leer se había entregado en
cuerpo y alma á la causa revolucionaria,
y casi todos le tenían por avaro,
asegurando que prefería los libros al
vino, porque nada le costaban.

Sólo un hombre hubiera podido hacer
una apreciación justa y resolver el
problema. Este hombre era Matías, el
único amigo verdadero del «anciano».

Los dos compañeros se conocían de
larga fecha, habían servido en el mis-
mo regimiento y habían recibido la li-
cencia en el mismo día.

Pero Matías era mudo como una tumba,
sobre todo en lo concerniente á su
amigo; y á las preguntas indiscretas
que acerca del asunto objeto de la ge-
neral curiosidad se le dirigían, contesta-
ba en un tono tan seco y evasivo, que
nadie se atrevía á insistir.

Un día de la pasada primavera, un
grupo de obreros charlaban alegremente
en el departamento principal, sombrío
como la nave de un oscuro templo, y
en el fondo del cual brillaban los hornos
incandescentes, proyectando sobre el
suelo sus rojos resplandores.

Hacia una hora que el silencio había
sucedido al ruido ensordecedor de los
martillos y los obreros hacían provisión
de aire puro, esperando el momento de
reanudar el trabajo.

Del grupo á que antes se ha hecho

referencia, partían las más alegres ex-
clamaciones y las más estrepitosas car-
cajadas, mientras circulaba de mano en
mano una tarjeta fotográfica, que, al
parecer tenía el privilegio de armar
todo aquél estrépito.

—Oye, «anciano»—exclamó uno de
los principales alborotadores del gru-
po.—Ven á ver esto...

El obrero miró la tarjeta que le da-
ba su compañero. Era una de esas foto-
grafías obscenas, cuya venta se hace
clandestinamente en determinados si-
tios, frecuentados únicamente por hom-
bres.

Con desdeñosa sonrisa encogióse de
hombros el «anciano». Después esparci-
óse por su rostro una palidez lívida,
y abrióse desmesuradamente sus
ojos. Durante un segundo permaneció
el infeliz como clavado en el suelo, en
muda y dolorosa contemplación.

En aquel momento oyóse la señal que
llamaba á todos á su puesto. Los obre-
ros acudieron á su trabajo, y el «anciano»
les siguió con la cabeza baja y el
paso vacilante.

Pero apenas estuvieron en movi-
miento las máquinas, un grito de hor-
ror se escapó á un mismo tiempo de
todos los pechos.

El «anciano» había colocado su ca-
beza en el yanque y dejado caer sobre
ella el enorme martillo.

Matías acudió como los demás y pre-
guntó consternado:

—¿Qué ha ocurrido?

No lo sabía.

Un obrero dijo, sin embargo:

—Me parece que le ha impresionado
vivamente la vista de una fotografía,
hasta el punto de que iba á dar en tie-
rra con su cuerpo.

—Una fotografía: ¿Dónde está?

—Hela aquí.

—¡Ah, miserable! ¿Le habeis ase-
ñado? Esa criatura inmunda, cuya im-
agen habeis puesto ante sus ojos, es...

—¿Quién?—preguntaron á coro los
obreros.

—Su hija, á la que adoraba con de-
lirio, á pesar de su mala conducta; su
hija á la que daba todo cuanto ganaba,
con esperanza de salvarla del abismo.

Al perder su última ilusión, el pobre
«anciano» pensó sin dudar que ya había
sufrido bastante y pidió la muerte al
terrible aparato á que durante tantos
años debió la vida.

J. DE ROUGE.

La canción del amor.

Yo soy la voz del alma y el eco del deseo,
yo doy al cuerpo vida é impulso al corazón;
en las moradas reales se escucha mi aleteo,
y en las cabañas pobres se escucha mi can-
(ción.

Reparto mis caricias y alegre me prodigo,
lo mismo al millonario que al bajo cri-
(minal,
yo soy el que sostiene la mano del mendigo,
yo moro en los favores y aliento del pñal.

¿Hebrá quien no lo sienta? yo paso sin
(permiso,
y entre mis redes presas dos almas sueto
(nirri,
y al palpar los labios, surgiendo de im-
(provisio,
las almas á mis plantas se tienen que rendir.

Mi voz es la suave melódica armonía,
que en su cadencia grata recuerda aquel
(placer
con que el esclavo, ansioso de la sultana
(un día,
al exhalar sus quejas sintió en su alma
(correr.

Mi voz es el sublime recuerdo palpitante
de un alma candorosa que muere de dolor...
y al despertar la hermosa, despide la triun-
(fante
sonrisa que, en sus labios depositó el amor.

Yo vivo en las montañas que adoran á la
(tierra,

guardianas de los campos y esposas de la
(mar);
si el viento se desata furioso, no me aterra,
porque en el viento reina mi estrella sin-
(gular.

Cuando su pecho agita la mar embra-
(vecida,
sobre sus verdes olas se mece mi poder;
cuando la eterna noche emprende su parti-
(tida,
yo soy la luz fulgente del astro que ha de
(ardar.

Las nieblas me acompañan y siguen mi
(camino,
con el silencio augusto del tembloroso tub
que adorna en el espacio su impávido des-
(tino,
y sobre mí derraman su regidez azul.

Las aguas del remanso me ofrecen blan-
(co lecho,
si permanezco mudo, y forman mi canción,
cuando las diosas ninfas recilian en mi
(pecho
sus rubias cabelleras forjando su traición.

El cielo trasparente que alegre se dilata,
me brinda una corona de mirto y de laurel,
y ofréome la luna su góndola de plata.
por si el capricho tengo de navegar por él.

Mi paso es por el mundo la estrofa del
(poeta,
el canto de las aves del rayo el esplendor;
yo halago con mi aliento, y el orbe me
(respeta,

¡como respeta el sabio las leyes del Señor!
LUCAS ESTEIRO Y LÓPEZ DE HARO.

La acción social en España

Comentando el notable trabajo del señor
Morato publicado en *El Globo* de anteyer,
hemos sostenido con un rico hacendado,
compentísimo en cuestiones agrícolas, la
siguiente conversación que, por conside-
rarla muy interesante, reproducimos:

«La acción social, tan vigorosa en otros
países, sólo se manifiesta en España po-
derosa y robusta en el campo de la actividad
industrial y en la lucha entre el capital y
el trabajo.

Se trabaja, se hace algo, mucho menos
de lo que se debería hacer y muchísimo
menos de lo que se proyecta en el mundo
de los negocios; se abren minas, se cons-
truyen, aunque pocos, algún que otro fer-
rocarril, se explotan bosques, se utilizan
saltos de agua, hay movimiento, en la pe-
riferia cuando menos, pero, en cambio, ¡que
triste soledad la de los campos!

Cierto es que algunos ricos hacendados
y títulos de Castilla, más por *snobismo* y
sport, que por seria afición al trabajo y un
noble amor á la prosperidad del país, han
introducido en sus vastas explotaciones
agrícolas la maquinaria, los abonos quí-
micos, los adelantos de las grandes ex-
plotaciones; pero no lo hacen de un modo sis-
temático y con fin industrial; no viven lar-
gas temporadas sobre el campo y entrega-
dos á la dirección de sus haciendas; no
saben trabajar. Carecen, además, de todo
espíritu de solidaridad y de expansión; no
aman la tierra ni los que la cultivan.

Cuando se observa en Alemania el po-
deroso y simpático movimiento de las coo-
perativas, que tanta influencia han ejercido
en el desarrollo de las pequeñas industrias;
cuando se examinan los resultados de las
fecundas y desinteresadas iniciativas de
Wolomborg, de Luzzati y de tantos hom-
bres ilustres como en Italia se han dedicado
con filantrópica pasión á crear cooperati-
vas agrícolas, de crédito y de consumo, ¡no
es cierto que uno se siente aislado en medio
de este páramo español en que no brota ni
un hombre ni una iniciativa poderosa que
busque en la acción social lo que en vano
se pide al Estado?

La política, la maldita política, lo absor-
be todo, lo mata todo, todo lo corrompe.
Produce profunda tristeza ver tanto hom-
bre ilustre, tanto rico propietario como
van buscando en la política y en el Estado
remedio á males que sólo lo tienen en la
reforma social, obrando directamente so-
bre los individuos, agrupándoles en colec-
tividades, exaltando la fe en sí mismos, des-
pertando iniciativas secularmente dormi-
das en el fondo de la raza.

Toda nuestra burguesía agrícola, todos
los medianos propietarios, están casi artu-

nados; sólo la ganadería les ha salvado du-
rante algunos años de que la usura y el
Hipotecario vendan sus fincas; pero no se
ve surgir entre ellos ni una iniciativa ni
una voz de alarma ante el desastre econó-
mico que se avecina.

En cambio, vea usted á los obreros. ¡Có-
mo trabajan! ¡Cómo se mueven! Su labor es
constante, incesante. ¡Muerden una huelga,
comienzan horas... Hoy reclaman disminu-
ción de horas, mañana aumento de jornal.
Son incesantes. Es la ola incesante, eter-
na, que sin cesar bate la costa que la apri-
siona.

Paracen otros hombres y otra raza y son,
no obstante, los mismos hombres; viven en
idéntico medio ambiente y son la misma
raza; pero tienen *fe en sí mismas*, tienen fe
en su emancipación y luchan, luchan diaria-
mente, sin esperar nada, nada del Estado.
Lea usted á Morato. Ese artículo pone de
manifiesto un mundo de luchas y de con-
quistas conseguidas por los obreros de Ma-
drid en el breve período de cinco años. La
mayor parte de los obreros han logrado
por sí solos disminuir las horas de trabajo
y aumentar en algunos reales el jornal.
¿Qué habrían conseguido si hubiesen em-
pezado por pedir al Estado leyes limi-
tativas de salarios y horas de trabajo? Na-
da, como nada los azucareros, nada los ex-
portadores, nada nuestra agónica Marina
mercante.

El último resto de nuestra terrible edu-
cación teológica es la fe en la omnipotencia
del Estado.»

Como nuestro amigo piensan, segura-
mente, muchos hombres que no brillan en
la política ni en las Letras, ni en el Foro,
ni en los salones; pero que son ciudadanos
útiles á su país, buenos patriotas dignos de
mayor atención de la que en España les
prestamos la Prensa, sólo ocupada en hin-
char la vanidad de seis docenas de tontos
y de imbéciles, y el Parlamento, teatro de
vulgares exhibiciones de políticos ambicio-
sos, sin más norma que su medro personal.

LUCAS RIBERA.

La conquista de Granada.

I

Dividido, desmembrado,
el reino español se hallaba,
mientras gobernó aquel rey
que Enrique cuarto llamaban,
más después por el enlace
de Isabel, su digna hermana,
con Fernando de Aragón
justo y querido monarca,
se agrandó é hizo más fuerte
la fértil y hermosa España.
Una parte á los moriscos
de ese reino les quedaba
era quizá la más bella,
tal vez la más codiciada.
Comprendiéndolo los reyes,
teniendo en Dios confianza,
decidieron al instante
con su valor conquistarla,
y en Mayo partieron juntos
á poner sitio á Granada
en la cual el jóven moró
Abul-Abdallah reinaba.

II

La Vega, la hermosa Vega
de jardines esmaltada
donde esparcían las rosas
embragadora fragancia,
los campos con los viñedos,
las altas moreras blancas,
los olivos, los granados
con sus flores encarnadas,
lugares bellos, tranquilos,
por los que el moro pasaba,
unos fueron ocupados
por las mortíferas armas,
fueron cortados los otros
por las destructoras hachas
poniendo allí pabellones,
banderas, tiendas galanas
que en elegancia y buen gusto
entre sí rivalizaban.
En la Vega desde entonces
hubo justas y batallas
y aventuras amorosas
donde antes fiestas y zambras.
Las damas aragonesas
y las bellas castilianas,
que desde la capital
á la reina acompañaban,
fueron de aquellos lugares
las más seductoras plantas,
astros y flores á un tiempo
que brillando perfumaban.